

# LA EDUCACIÓN FILOSÓFICA DE LOS JÓVENES EN EL MUNDO ACTUAL.

UNA PERSPECTIVA CRÍTICA

*Luis María Cifuentes Pérez*

El título de esta conferencia trata de reunir dos elementos que son esenciales en la práctica docente de la filosofía en los centros de enseñanza secundaria de mi país, España. Me refiero a la necesidad de replantear el modo de enfocar la educación filosófica de los adolescentes en un contexto social y cultural muy diferente al de hace unas décadas. Los cambios en el sistema educativo, a pesar de las múltiples reformas iniciadas en España, todavía no han conseguido modificar algunos de los hábitos e inercias pedagógicas tradicionales del profesorado de Bachillerato, no sólo en Filosofía, sino también en las demás materias. Es preciso que todos los docentes de Filosofía, tanto los universitarios como los de otras etapas del sistema educativo, pensemos con seriedad en la necesidad de acometer cambios en nuestra práctica docente que nos permitan lograr que el alumnado acceda a la filosofía con mayor facilidad y comprenda el valor social del conocimiento filosófico en un mundo tan complejo y cambiante como en el que vivimos.

## 1. ¿Por qué educación filosófica?

El rótulo de educación filosófica no es caprichoso ni se debe únicamente a una moda lingüística. Se trata de algo muy pensado y que ha nacido de mi práctica docente y de mi investigación sobre dicha práctica. Es un título que comprende todos

**Luis María Cifuentes.**  
Dr. en filosofía. Presidente de la Asociación de profesores de filosofía de España. Director de la revista Paideia.

los elementos que un educador y pensador como F. Giner de los Ríos juzgaba que eran esenciales en el ejercicio de la profesión docente. Para él, un docente, un profesor o profesora, no es simplemente un instructor, un experto en determinados campos del conocimiento o del saber; sino que es algo mucho más importante, es un educador que ayuda a pensar por sí mismos a los niños y a los jóvenes. Como señala el mismo Giner de los Ríos los alumnos ya en 1879 decían lo siguiente: “Se nos enseñan muchas cosas, dice con frecuencia el joven, menos a pensar y a vivir.”<sup>1</sup>

Esa concepción de la educación abarca todos los aspectos de la vida de un ser humano y, por tanto, la filosofía no debe ser enseñada solamente como algo cognitivo, como un simple acervo de conocimientos, sino que tiene que servir para pensar y vivir mejor; tiene que ser mucho más que una simple transmisión de conocimientos. La filosofía debe ser pensada y practicada como una educación filosófica en la que se incluyan conocimientos, actitudes y procedimientos. Los conocimientos que el alumnado debe adquirir sobre ética, filosofía e historia de la Filosofía son indudablemente muy importantes porque son por decirlo así, los “filosofemas”, los contenidos propios de la Filosofía. Y esos contenidos no son algo vacío e inconsistente ni son un descubrimiento fugaz y caprichoso de los adolescentes. Esos contenidos son de dos tipos: por un lado, la tradición filosófica occidental con sus sistemas, autores y textos que forman un “corpus” bastante bien definido y, por otro lado, los datos que las Ciencias Naturales y Sociales, las Matemáticas y todas las disciplinas del conocimiento humano presentan a la Filosofía para que reflexione sobre ellos y construya teorías filosóficas nuevas, para que elabore una reflexión de segundo grado. Es cierto, sin embargo, que los docentes de Filosofía deben también potenciar en el alumnado adolescente la capacidad de creación de argumentos y textos filosóficos nuevos, pero hay que ser prudentes con la creatividad filosófica de los adolescentes, puesto que la mayoría de ellos se limitan a repetir en sus escritos los prejuicios y los estereotipos de los medios de comunicación actuales.

En lo que se refiere a las actitudes, desde mi punto de vista, existen dos actitudes que se deben generar en la clase de Filosofía: la cooperación y el respeto. La cooperación que es la base de la búsqueda de la verdad en colaboración. Desde mi concepción de la filosofía como una búsqueda dialógica de la verdad mediante intercambios de tesis bien argumentadas, parece evidente que la actitud de cooperación es esencial en clase de Filosofía. La verdad es concebida más como un ideal humano inalcanzable o como meta provisional y frágil que como logro y conquista individual definitiva. Por eso, no comparto ni la teoría ni la práctica docente que se basa única o preferentemente en el monólogo del profesor como poseedor de la verdad; sino que, por el contrario, todas las tesis defendidas por un profesor de Filosofía en el aula deben ser presentadas como metas adquiridas con un esfuerzo compartido con otros pensadores y al que se debe invitar al alumnado. La tarea de la verdad es intersubjetiva y solidaria; es un diálogo compartido y una colaboración muy exigente, nunca definitivamente terminada. Por eso, la actitud de respeto al otro es consustancial al diálogo filosófico en el aula; nadie debe despreciar a otra persona porque tenga opiniones diferentes o porque defienda tesis extrañas. El respeto al otro no significa que no haya que criticar otras posiciones o tesis filosóficas. Por ejemplo, no se debe decir que el esclavismo de los autores atenienses de la época clásica del siglo IV a.C. es defendible porque era la opinión común de aquella época; como tampoco se pueden admitir posturas intelectuales de desprecio hacia las mujeres porque en el siglo XVIII o en el XIX el espíritu de la época era machista.

En cuanto a los procedimientos, yo creo que hay métodos de pensamiento específicos en los grandes autores de la Filosofía occidental que puede ser apropiados para mostrar al alumnado juvenil de qué modo se puede recorrer el itinerario del pensar filosófico; se les puede enseñar a los adolescentes cómo construyan su itinerario filosófico, su método, los grandes autores como Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Descartes, Kant, Marx, Nietzsche y Ortega, no para que copien literalmente su método sino para que les sirva de apoyo. En cualquier caso, en las clases de Filosofía es necesario que el alumnado consiga

practicar varios métodos importantes, tanto de la oralidad como de la escritura filosófica. Es decir, que saber hablar y saber escribir filosóficamente son la base de toda la enseñanza y aprendizaje de la Filosofía, de los “filosofemas”.

En cuanto a la oralidad, es preciso enseñar a dialogar y a debatir a los adolescentes, pues las características propias de la argumentación filosófica no son algo espontáneo ni se logran sin un entrenamiento adecuado. Dialogar es, ante todo, intercambiar tesis apoyadas en argumentaciones y no en descalificaciones ni falacias; en el método socrático, basado en la ironía y en la mayéutica, tiene el profesorado de Filosofía un ejemplo bastante sólido en el que apoyarse. En cuanto a la escritura filosófica hay dos métodos esenciales que también han sido utilizados profusamente en la historia de la Filosofía occidental: el ensayo crítico y el comentario de textos. La disertación (*dissertatio*) oral que tuvo una excelente trayectoria en la Edad Media y actualmente se mantiene como disertación escrita en el bachillerato francés, no ha sido muy bien desarrollada en nuestro país. Quizás el modelo francés de la *dissertation* escrita está demasiado apegado a un modelo rígido y academicista y en España existe otra tradición predominante: la del ensayo crítico. Hay que recordar que desde B. Gracián (s. XVII) el ensayo ha sido una de las formas más frecuentes que han utilizado los pensadores españoles para explicar y defender con argumentos cualquier tesis en torno a los más variados temas (arte, literatura, filosofía, etcétera). Un ensayo crítico es algo que debe tener unas características de objetividad y universalidad por el que cada alumno o alumna consiga superar una visión subjetiva o demasiado personalista de la tesis que expone y defiende. Se trata de un escrito argumentativo que se basa en una investigación, en un análisis objetivo de diferentes tesis y con una lógica interna sólida bien desarrollada. La tesis personal defendida por cada autor en clase de Filosofía tiene que descansar en una racionalidad objetivable y no en pura imaginación o fantasía literaria, porque de lo contrario se puede convertir en un ejercicio puramente literario o imaginativo sin valor filosófico.

A estos procedimientos filosóficos basados en la escritura hay que añadir el *Comentario de texto*. Se trata de un ejercicio

muy propio de la tradición académica española que se trabaja sobre todo en el último curso de bachillerato, equivalente al antiguo COU (Curso de Orientación Universitaria). La historia de la Filosofía que se imparte en el curso terminal del bachillerato obliga a conocer algunas de las obras de los grandes maestros del pensamiento occidental. Para ello, se deben leer y comentar una serie de textos filosóficos a los que se aplica la técnica del comentario. Mi experiencia docente de más de 30 años me ha ido confirmando la creciente dificultad de los adolescentes para la lectura, análisis y comprensión de los textos filosóficos. Desde 1977, en que comencé mi carrera docente hasta que la concluí en 2010, he ido percibiendo un progresivo desinterés y una mayor dificultad en la lectura de los autores filosóficos, de tal manera que en mis últimos años de práctica docente, era yo mismo quien les comentaba e interpretaba casi todos los textos de la antología de 2º de bachillerato. Ellos carecían del interés, de la motivación y de la preparación suficiente para comentar la mayor parte de los textos filosóficos.

En el caso del currículum español de Historia de la Filosofía hay una causa objetiva que permite entender esa creciente dificultad por parte de los jóvenes y es que la selección de textos impuesta por las universidades de Madrid no era adecuada para el nivel y preparación del actual alumnado de 2º de bachillerato. Existe un desfase cultural muy elevado entre la actual preparación cultural de los jóvenes y el nivel de abstracción de la mayoría de los textos filosóficos de los autores seleccionados. Por eso un gran número de alumnos se limita a repetir en sus comentarios, mediante perífrasis y circunloquios, las mismas ideas sin profundizar en la interpretación del texto ni en el contexto del mismo ni en los precedentes e influencias posteriores de cada texto. Un texto filosófico tiene una densidad conceptual y un hilo argumental que, en muchas ocasiones, necesita un gran esfuerzo hermenéutico y un dominio del lenguaje bastante exquisito. Por todo ello, considero que el *Comentario de textos* es un gran instrumento de comprensión de la filosofía, pero necesita de un progresivo y adecuado entrenamiento hasta conseguir que el alumnado adolescente pueda adquirir un dominio del mismo.

## 2. ¿Por qué la competencia filosófica?

En toda la Unión Europea se ha ido imponiendo en los últimos años el modelo psicopedagógico de enseñanza-aprendizaje basado en las competencias básicas; es decir, que el objetivo fundamental de todo el proceso educativo es que el alumno sea capaz de poder aplicar los conocimientos aprendidos y sus habilidades sociales a situaciones nuevas y diferentes, sabiendo actuar con autonomía e iniciativa propias. En ese sentido, la noción de competencia básica es más integral y compleja que el triple eje de conocimientos, procedimientos y actitudes. Sin embargo, la dificultad de que los docentes españoles adopten eficazmente el modelo de las competencias con suficiente conocimiento de causa estriba en que para muchos se trata de una nueva moda psicopedagógica entre tantas como se han ido sucediendo en España en las últimas décadas. El problema central es que no se ofrece una preparación adecuada al profesorado de los distintos niveles educativos y además existe el problema de la evaluación por competencias, que no está del todo resuelto.

En el caso de la Filosofía, la última ley educativa denominada LOE (2006) no aborda de modo específico una competencia para la filosofía. Existe un grupo de competencias básicas en toda la Unión Europea que ha sido incorporado oficialmente al sistema educativo español y que las diferentes comunidades autónomas han ido aplicando con los mismos o parecidos criterios. Desde el punto de vista de la enseñanza-aprendizaje de las materias filosóficas se puede defender una competencia específica para ellas, basándose en que la Filosofía siempre ha sido un tipo de conocimiento distinto a las Ciencias Naturales, a las Ciencias Sociales y a todas las demás disciplinas porque es una materia interdisciplinar e intercultural; o si se prefiere, transdisciplinar y transcultural. La filosofía, como búsqueda desinteresada de la verdad es un proyecto ilustrado universal que engloba varias competencias básicas diseminadas en varias competencias específicas.

Se puede afirmar que la competencia filosófica se basa en dos competencias claves: la lingüística y la cívico-social. La lingüística porque la filosofía es el dominio del lenguaje conceptual

con un nivel de abstracción y universalidad excepcional. La precisión de los conceptos y de las definiciones de los objetos y de todas las realidades es propia de la actividad filosófica; y por ello, no es casual que la filosofía del lenguaje ocupe desde hace décadas un lugar central en la actividad filosófica. En este tipo de competencia lingüística hay que incluir también la lectura crítica de imágenes, sea de la Internet, de televisión o de todo tipo de películas. Es decir, que también tenemos que aplicar la crítica filosófica al enorme acervo de imágenes que se ofrecen diariamente a los adolescentes y educar su sensibilidad y su mirada a la luz de conceptos y orientaciones filosóficas. Es evidente que la imagen no es el concepto, núcleo central de la actividad filosófica, pero no por ello se debe menospreciar la enorme influencia del mundo icónico en la conformación de las ideas y las valoraciones de los adolescentes.

La otra competencia básica que encaja perfectamente con la filosofía es la cívica y social. La filosofía es una actividad esencialmente dialógica, a pesar de las apariencias que presentan al filósofo como un pensador solitario y casi solipsista. El verdadero significado de los soliloquios y las meditaciones del filósofo no es el monólogo solitario e insolidario, sino todo lo contrario. El filósofo cuando se interroga a sí mismo y se cuestiona una serie de problemas, está dialogando con toda la humanidad, con todos los sujetos capaces de pensar por sí y sobre sí mismos. La verdad que busca incansablemente todo filósofo no es subjetiva, sino intersubjetiva y, por tanto, algo objetivo al alcance de todo ser humano. La comunidad filosófica es la de todos los seres humanos que tienen la capacidad de ser racionales y de dialogar con los demás acerca del significado de todas las totalidades (Mundo, Yo y Dios).

Estas dos competencias básicas que son adecuadas a la actividad filosófica se diversifican en otras competencias específicas de la actividad filosófica. Me refiero a la competencia argumentativa, a la reflexiva, a la capacidad crítica y autocrítica y, finalmente, al compromiso ético-político. Veamos cada una de estas competencias y las razones de sus encajes respectivos en la filosofía.

La argumentación es el modo específico que tiene el filósofo de expresar de modo ordenado y coherente su sistema filosófico o sus tesis sobre la realidad. Argumentar es ante todo saber dar razones, argumentos suficientes que apoyen lógicamente las ideas defendidas. Sin razones y sin argumentos sólidos cualquier afirmación filosófica se convierte en una afirmación gratuita y sin fundamento. Es cierto que la argumentación no es monopolio de la filosofía, pero también es cierto que la lógica argumentativa, tanto deductiva, como inductiva, así como el estudio de las falacias o pseudorargumentaciones, es una de las especialidades de la actividad filosófica desde la época griega hasta hoy.

En cuanto a la capacidad de reflexión, parece evidente que los filósofos son quienes de modo eminente han ejercido a lo largo de la historia la autorreflexión y la reflexión. Desde Agustín de Hipona hasta Wittgenstein, pasando por Descartes y Kant, todos los pensadores han sido competentes en el ejercicio reflexivo, porque la reflexión consiste en que la conciencia es capaz de “desdoblarse”, de “girar sobre sí misma” y de “ponerse frente al mundo y frente a sí misma” para analizar y tratar de conocer el objeto que tiene ante sí. El sujeto y los objetos son los dos polos de toda actividad reflexiva que es, por definición, algo propio del ser humano, el único animal autorreflexivo y el único mamífero capaz de decirse a sí mismo “yo” en oposición a un “tú”. Y para ejercitar la competencia reflexiva tan propia de la actividad filosófica es necesario crear unas condiciones de sosiego y de silencio que son muy difíciles de lograr en la sociedad actual. Por eso, en mi experiencia docente como profesor de Filosofía siempre insistí mucho en la necesidad de dotar de tiempos de silencio a la clase de Filosofía para que la reflexión personal fuese posible. Sin reflexión personal previa, el diálogo filosófico se hace impracticable o casi imposible. Sin la reflexión personal solamente hay ocurrencias y charlatanería, pero no pensamiento filosófico.

Por último existe una competencia propia de la actividad filosófica que es la ético-política. Esta competencia no indica que todo filósofo ni que todo sistema filosófico se vea obligado a entrar en la actividad política de los partidos o a formar



parte de los gobiernos. Lo que quiero indicar con la competencia ético-política es que la actividad filosófica debe siempre reflexionar de una u otra manera sobre los valores morales, las normas morales y la convivencia en la “polis”. Personalmente no concibo que los filósofos sean seres apolíticos y amorales; en todo caso, son sujetos inmorales y antipolíticos, pero no pueden esquivar ni librarse de adoptar una posición filosófica ante los temas políticos ni ante los valores morales. La postura de Nietzsche que él mismo define con la famosa frase “más allá del bien y del mal” no se debe interpretar como una superación dialéctica de toda moral y de toda ética, sino como la transvaloración de las definiciones del bien y del mal de la cultura judeocristiana que él mismo pretendía superar con la ética del superhombre, con su moral del niño y del artista creador de nuevos valores.

El alumnado juvenil que tenemos en las aulas de secundaria necesita también reflexionar sobre el contexto ético y político en el que vivimos en cada sociedad. Las pautas morales, los valores que guían la conducta de sus familias, de sus amigos, del profesorado y de sus ídolos mediáticos son un acervo cultural de enorme interés para las clases de ética y de filosofía. En España tenemos una amplia experiencia docente en el campo de la enseñanza de la ética en el Bachillerato y en la ESO (Enseñanza Secundaria Obligatoria). Y esa experiencia nos confirma la necesidad de dotar al alumnado adolescente de instrumentos cognitivos y de actitudes responsables de carácter moral que les ayuden a conseguir la autonomía de juicio y la construcción libre de su propia personalidad moral.

Para resumir este tema de la competencia filosófica he de señalar que la actividad filosófica es un ámbito privilegiado para potenciar el dominio del lenguaje en su expresión racional más genuina y también para desarrollar actitudes de respeto y solidaridad con los demás seres humanos. En términos cognitivos, la filosofía debe activar los dispositivos curriculares de la interdisciplinariedad y en términos éticos la filosofía debe potenciar el ideal de una ética intercultural.

### 3. Filosofía para adolescentes

La enseñanza de la Filosofía en la etapa de secundaria no es ni puede ser del mismo estilo que en la enseñanza universitaria. A pesar de que se habla mucho de que la enseñanza universitaria debería ser más dinámica, más interactiva y con grupos más pequeños para facilitar un mayor diálogo entre profesores y alumnos, lo cierto es que la mayoría del profesorado universitario sigue dando las clases al estilo magistral y sigue aferrado a métodos muy tradicionales de enseñanza. En cambio, la enseñanza de la Filosofía en secundaria hace ya muchos años, desde 1980 en España, que se ha planteado nuevas metodologías y nuevos modos de transmisión de los “filosofemas” y el profesorado ha tratado de incorporar a la educación filosófica todos los instrumentos que las nuevas tecnologías (TIC) ponen al servicio del mundo educativo.

Sobre la importancia de las nuevas tecnologías en educación y por tanto también en la enseñanza de la Filosofía conviene huir de dos extremos igualmente perniciosos: la tecnofobia y la tecnolatría. Ni la una ni la otra son el modo adecuado de enfrentarse a los nuevos instrumentos de las TIC. La educación tiene que utilizar todos los métodos que le ayuden a mejorar la transmisión de sus contenidos conceptuales y actitudinales, pero la tecnología no es en sí misma educativa, sino un simple medio para conseguir unos determinados fines. La filosofía por sus esenciales características de universalidad y abstracción conceptual debe ser muy cuidadosa con el uso de las imágenes y las películas, al igual que con la nueva sintaxis del lenguaje de las TIC. La filosofía exige un tiempo sosegado de relectura y de reflexión que no siempre es compatible con la sintaxis vertiginosa de las imágenes y de los mensajes tecnológicos. Pero, a pesar de todo, es preciso que el profesorado conozca y utilice las nuevas tecnologías al servicio de una mejor comunicación filosófica con los adolescentes. La clave está en saber comunicar los “filosofemas” mediante un nuevo lenguaje sin perder el rigor conceptual de la filosofía y su riqueza tradicional.

Los objetivos de la educación filosófica de los adolescentes son, desde mi punto de vista, los siguientes:

- *Saber conectar los “filosofemas”, los contenidos de la educación filosófica, con el contexto vital del alumnado.* Considero que este objetivo es el prioritario, porque si no se consigue la comunicación filosófica con los adolescentes, todo lo demás estará fuera de lugar y carecerá de significado para los jóvenes. El peligro del elitismo en el profesorado de filosofía suele radicar en un dominio de un lenguaje técnico muy alejado de los conocimientos y de los intereses del alumnado. Yo no estoy de acuerdo con ese tipo de profesorado que identifica la profundidad de la trasmisión filosófica con un lenguaje oscuro e ininteligible; pienso como Ortega y Gasset que “la claridad es la cortesía del filósofo”.
- *Presentar lo filosófico como generador del diálogo interdisciplinar e intercultural.* Si la filosofía en esta etapa de secundaria se pudiese enseñar en conexión con los problemas de la Ciencias naturales y sociales sería mucho más interesante para el alumnado y mucho más motivadora, pero ni los currícula ni las organización escolar de los centros de secundaria permiten este tipo de interdisciplinariedad. Y en cuanto al diálogo intercultural como elemento central de la educación filosófica, basta pensar en que los Derechos Humanos tienen un base filosófica clara como lenguaje universal de un código ético intercultural que es válido para todos los seres humanos y todas las culturas. La filosofía es, sin duda, el gran arma cognitiva para abordar los temas interdisciplinarios y el gran antídoto ético contra todos los fundamentalismos y dogmatismos de la humanidad actual.
- *Lograr una formación filosófica mínima de los ciudadanos en sociedades democráticas.* Es decir, educar al alumnado en conceptos y actitudes que le permitan vivir y convivir en sociedades pluralistas donde el respeto al diferente sea la norma de su conducta. La educación filosófica puede y debe jugar un papel muy importante en la construcción de la personalidad moral y política de los adolescentes. No se trata de adoctrinar moral ni políticamente a nadie, sino de dotar a los adolescentes de los instrumentos conceptuales críticos para que sepan ejercitar responsablemente sus derechos y sus deberes cívicos. La filosofía no es totalmente asimilable

a la democracia, pero yo creo que la educación filosófica es la mejor vacuna contra la intolerancia, el dogmatismo y todo tipo de totalitarismo moral, religioso o político. En ese sentido, la enseñanza de la Filosofía, como señala acertadamente la UNESCO, es una escuela de libertad<sup>2</sup>.

- *Dominar los elementos básicos de la escritura y de la oralidad filosóficas.* Ya he señalado antes que el ensayo crítico y el debate filosófico deben ser los instrumentos básicos de una buena educación filosófica. La escritura y la oralidad son ambas dimensiones básicas de la filosofía desde sus orígenes. El método socrático ahondó en los procedimientos dialógicos y en el debate argumentativo, mientras que la escritura filosófica ha sido extraordinariamente fecunda desde Platón hasta nuestros días. Por eso, los adolescentes deben ejercitarse en ambas dimensiones de la actividad filosófica.

Para lograr estos objetivos la propuesta de la Sepfi (Sociedad Española de Profesores de Filosofía) consiste en proponer un ciclo de educación filosófica con tres niveles secuenciados y articulados: Filosofía I (4º ESO), Filosofía II (1º de Bach.) y Filosofía III (2º de Bach.) con un horario lectivo de 2, 3 y 4 horas semanales, respectivamente. Todas las materias filosóficas deben ser comunes y obligatorias con unos contenidos básicos que eviten los dos peligros más corrientes el academicismo doxográfico en la enseñanza de la Historia de la Filosofía y la trivialización en las clases de Ética y de Introducción a la Filosofía.

#### **4. Tradición y actualidad filosóficas**

El profesorado de Filosofía en la educación secundaria española debe reconstruir lenguajes y conceptos, readaptar situaciones, reinterpretar textos y reactualizar contextos. En pocas palabras, tiene que ser capaz de ser fiel a la tradición filosófica occidental, pero también debe reconstruir lo esencial de esa tradición adaptándose a la situación de aprendizaje filosófico en los tiempos actuales. Eso exige un permanente esfuerzo por la innovación metodológica y por la investigación continua sobre la propia práctica docente.

El ejercicio de la educación filosófica en secundaria puede ser definido y explicado como una traducción filosófica que capta lo esencial del lenguaje de los filósofos de cualquier época y lo trasmite al alumnado adolescente en otros términos que no traicionen el sentido original y auténtico de ese lenguaje. No se trata de un capricho, sino de una necesidad pedagógica, el hecho de traducir la filosofía a los adolescentes, de ponerla a su alcance mediante un esfuerzo de interpretación que la haga adecuada a su modo de comprensión.

La analogía es un elemento esencial para comprender el concepto de traducción filosófica. El concepto de analogía ha sido muy importante en toda la Historia de la Filosofía, desde Aristóteles hasta nuestros días. Se trata de entender que las diferencias entre el lenguaje de los grandes pensadores filosóficos del pasado y del presente y el lenguaje al que deben ser “traducidos” para su comprensión por los adolescentes actuales que son “nativos digitales” no son tan abismales como para no poder ser salvadas.

A lo largo de muchos años de experiencia docente mis reflexiones sobre los procesos de mi comunicación filosófica en el aula con los adolescentes, me han ido ayudando a perfilar el concepto de “traducción filosófica” como la mediación comunicativa entre el texto de los filósofos y el contexto vital y lingüístico de los oyentes actuales, mis alumnos adolescentes. Hay muchas diferencias entre los códigos lingüísticos del que escribe/habla y del que escucha hoy esos mensajes. Mi tarea como docente de Filosofía consistió siempre en traducir a esos oyentes el significado real y esencial de ese mensaje filosófico y conseguir que comprendan sus “filosofemas”. Para ello, el método de comunicación filosófica tuvo que ser analógico, mediante un tipo de ejemplos que nos permitieran comprender las diferencias y las semejanzas de las situaciones, contextos y códigos filosóficos de cada filósofo y las de nuestra época.

Un ejemplo sería el uso del término y concepto de “tiempo” que ha tenido un recorrido histórico-filosófico muy largo, tal y como señala acertadamente J. Ferrater Mora en su diccionario enciclopédico. A los adolescentes no se les puede hacer leer ni comprender todo ese *excursus* filosófico sobre el “tiempo”,

pues no son especialistas en Historia de la Filosofía. Hay que comenzar con una filosofía popular, como la propugnada por Antonio Machado en su “Juan de Mairena” o por J. David García Bacca en sus ejercicios filosóficos. Con frases como éstas de A. Machado, se puede comenzar a reflexionar sobre el tiempo. “*Fugit irreparabile tempus*. He aquí un latín que siempre me ha preocupado hondamente. Pero mucho más este dicho español: dar tiempo al tiempo. Medita sobre lo que esto puede querer decir”.<sup>3</sup>

Es cierto que sobre este problema filosófico, el tiempo, como sobre todos los demás (lenguaje, verdad, libertad, justicia, ser humano, etcétera) es preciso ir elevando la abstracción conceptual y la profundidad filosófica hasta precisar mejor su significado; pero esa analogía entre los diversos significados del término “tiempo” exige la mediación pedagógica del docente. La traducción filosófica reside en ir elevando la precisión de los distintos significados hasta que el alumnado pueda comprender una definición abstracta y universal del concepto de tiempo. Traducir en este caso no es “traicionar” el pensamiento de ningún filósofo, pues se trata de ayudar socráticamente al alumnado a que piense por sí mismo y mayéuticamente aprenda a “parir” su propia idea del tiempo.

El método de la traducción filosófica que se basa en la analogía, introduce elementos comunes a los autores clásicos, a los actuales y a nosotros mismos, porque se centra en problemas filosóficos como la verdad, la libertad, el lenguaje, el conocimiento, la ciencia, los valores. Esos temas son universales, transversales al tiempo y a la historia y comunes a todas las culturas humanas. Y sin embargo, la traducción filosófica nos permite comprender también las diferencias entre los autores y nosotros. Cada filósofo tiene distintos planteamientos de esos problemas, diferentes códigos lingüísticos y parte de un diferente contexto vital y cultura, pero ahora todos tenemos la capacidad de interpretar su texto y su contexto vital y cultural con un método mucho más científico que en siglos anteriores.

En la traducción filosófica se puede plantear cuál es lo traducible y lo intraducible de cada autor y sistema filosófico, pues en muchos casos además los filósofos se empeñan en crear

nuevos términos y nuevos significados de las palabras y de las definiciones. Es cierto que la filosofía, al igual que la literatura y en particular la poesía, tienen ciertos elementos que podemos llamar “intraducibles”. Me refiero al lenguaje específico creado por cada autor filosófico en su propia lengua y con unos términos técnicos muy específicos.

Sin embargo, creo que es posible traducir al lenguaje actual y adaptar al alumnado los contenidos esenciales de los principales “filosofemas” de cada autor, aunque en ocasiones hay que hacer un gran esfuerzo didáctico para conseguirlo. Ese trabajo de adaptación al contexto del alumnado adolescente exige al profesorado de secundaria una gran capacidad para inventar recursos didácticos que sean motivadores y clarificadores y que no traicionen el pensamiento de los filósofos.

Junto al tema de la traducción filosófica aparece también el de la “actualidad de la filosofía”, sobre todo de los autores del pasado. Hoy día es muy frecuente escuchar en los ambientes académicos que es preciso “modernizar” la educación, utilizar las nuevas tecnologías y no aburrir a los jóvenes con los hechos obsoletos del pasado. Hay una glorificación del presente que me resulta a veces obscena. Y sin embargo, la actualidad del pensamiento de muchos filósofos es mucho más real que la de tantos periodistas que mitifican lo actual y lo novedoso por pura ignorancia del pasado. Los grandes filósofos “no han muerto”, suelo decir siempre a mis alumnos, sino que están vivos entre nosotros y dialogan con nosotros en sus textos. La viveza de un pensador y su actualidad dependen de la profundidad de su filosofía y no del siglo en que vivieron. Los grandes filósofos son el “gran club de los pensadores vivos”, de los genios que nunca mueren.

### **5. El nuevo contexto educativo**

La enseñanza y el aprendizaje de la Filosofía no se pueden descontextualizar del mundo en que vivimos. No se puede comparar cómo se enseñaba Filosofía en España durante el franquismo (1939-1975) a cómo se enseña y se aprende hoy. Las condiciones sociales, culturales y políticas de la academia han cambiado mucho en las últimas décadas en cualquier país del

mundo. No se puede seguir enseñando como hace 30 o 40 años porque los códigos de la comunicación entre el profesorado y el alumnado han cambiado notablemente.

Los rasgos que caracterizan hoy la educación filosófica a nivel mundial son, por un lado, la globalización económica, cultural e informacional y, por otro, la exigencia filosófica de una ética intercultural de carácter laico. La educación filosófica está situada en el ámbito académico dentro de un sistema educativo inserto en una globalización económica y cultural, cuya base tecnológica es la informatización de todos los datos. Hoy día, todos los agentes educativos de cualquier lugar del mundo tienen a su alcance cualquier información sobre cualquier tema que les interese conocer en el aula. Los datos son accesibles a todos, aunque para conocer a fondo un tema no baste con leerlo en la Internet.

En cuanto al proyecto ético de la interculturalidad, parece evidente que la filosofía está llamada a jugar un papel importante en ese ámbito. La filosofía laica de los derechos humanos me parece que ofrece las garantías a todos los seres humanos de un planteamiento basado en la universalidad de la dignidad, derechos y libertades para todos los sujetos racionales que poblamos este planeta.

En otro orden de cosas, también me parece muy importante el papel de la educación filosófica en todos los sistemas educativos. Y me baso para ello en el carácter interdisciplinar y transdisciplinar que puede jugar la filosofía en relación con las Ciencias naturales y sociales. El tipo de reflexión que aporta la filosofía siempre tiene un componente ético y antropológico ineludible y eso no lo tienen las ciencias. La búsqueda del significado social y humano en todos los avances tecnocientíficos y el necesario diálogo entre ciencias y humanidades solamente lo puede realizar la filosofía. Por eso la filosofía debe ser enseñada con ese sentido de la interdisciplinariedad y de la responsabilidad ético-política.

Además de estos rasgos del contexto mundial, existen otros elementos que en el libro de la UNESCO antes citado se ponen también de relieve<sup>4</sup>. Me refiero a la necesidad de articular la comunicación filosófica en el aula con el lenguaje de las nuevas



tecnologías de la información y de la comunicación. Para mí es un reto bastante difícil de resolver, cómo lograr que el alumnado aprenda la oralidad y la escritura filosóficas utilizando también tecnologías audiovisuales basadas ante todo en lo concreto e inmediato. Si el texto filosófico tiene una densidad, una abstracción y una universalidad conceptual y eso es el núcleo central de la actividad filosófica, los elementos icónicos y sonoros no pueden ser lo esencial, sino un apoyo, un instrumento mediador en ese proceso de reflexión filosófica. Y creo que el peligro consiste en que la educación filosófica puede quedarse reducida progresivamente a una simple lectura de imágenes y sonidos sin que el alumnado alcance el nivel propiamente filosófico de abstracción filosófica y conceptual.

Por último, existe también una exigencia en la enseñanza de la Filosofía que la UNESCO en varias ocasiones ha defendido y es la conveniencia de que la educación filosófica coadyuve a la democratización de todos los sistemas políticos del mundo. Ello no significa que la filosofía sea un instrumento político al servicio de los gobiernos, sino que por su carácter dialógico y su compromiso ético, la educación filosófica debería contribuir a la democratización política y al desarrollo de actitudes de respeto y tolerancia hacia las diferentes posiciones morales, religiosas y culturales que coexisten en todas las sociedades.

## **6. Conclusiones**

Quiero finalizar esta conferencia exponiendo una serie de conclusiones que se derivan tanto de mis reflexiones anteriores como de mi práctica docente de muchos años en aulas de secundaria.

Creo que la educación filosófica en el mundo actual tendrá éxito si contribuye al desarrollo de las competencias argumentativa y crítica de los adolescentes. Si, además, fomenta la autonomía moral de las personas, y estimula el diálogo y la cooperación entre profesores y alumnos. Finalmente me parece que el mejor método de educar filosóficamente a nuestros adolescentes es enseñarles a dialogar con los grandes autores del pensamiento occidental a través de los textos escritos por ellos. Saber dialogar en clase de Filosofía entre profesores y alumnos

tiene que hacerse a través de la mediación de los textos filosóficos que nos hablan y nos interpelan a todos en nuestro tiempo y en nuestro contexto vital. Dialogar es el método de búsqueda de la verdad, es el modo en que los filósofos deben plantear los problemas sobre los que reflexionaron larga y profundamente. El diálogo con los autores de filosofía es importante, pero también puede y deben entablarse conversaciones con los textos literarios y científicos que nos plantean cuestiones filosóficas.

Como lema final de toda la educación filosófica que debemos ofrecer a los adolescentes, os propondría lo siguiente: piensa globalmente con espíritu crítico, pero actúa localmente con compromiso ético-político.

#### Notas

- <sup>1</sup> Giner de los Ríos F. *Obras selectas*. (2004). Espasa. Madrid. p. 237.
- <sup>2</sup> AAVV. *La enseñanza de la Filosofía, una escuela de la libertad*. (2011). UAM-Iztapalapa. México.
- <sup>3</sup> Machado, A. (enero de 1937) “Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín”. Valencia. *Hora de España*, número 1, páginas 7-12.
- <sup>4</sup> AAVV. *La enseñanza de la Filosofía, una escuela de la libertad*. (2011). UAM-Iztapalapa. México.